

1.

Eso que serpentea delante de sus ojos y se pierde en la oscuridad, como si estuviera vivo, como si respirara, es el camino de lodo, piedras y hoyos, flanqueado por crecidos matorrales, que rodea la Colonia. No hay alternativa: para salir de allí sin ser vista, la mujer tiene que tomar ese camino. Se lo dijeron así sus vecinos: esta es la única salida si no quiere llevarse una sorpresa y terminar en la cárcel. La mujer apenas los escuchó y hundió el pie en el acelerador antes de que los vecinos terminaran de hablar.

Con las manos asidas con fuerza al volante, como una garganta a la que quisiera privar del aire, la mujer maneja con la cabeza pegada al vidrio frontal. Aun así, casi no puede esquivar los cráteres del camino, abrirse paso entre el lodazal apenas iluminado por una sola de las luces altas del picop. Piensa entonces que debió haber aceptado los ofrecimientos de otro vecino que, muy temprano esa mañana, como excusa para entablar conversación y sin otro propósito que provocar un acercamiento un tanto más íntimo con ella, le dejó saber que él mismo, sin cobrarle un centavo, podía cambiarle la bombilla delantera del picop, cuya

palangana sirve para cargar los cientos de cartones de huevos que la mujer reparte en su colonia y en las colonias cercanas. Eran las seis de la mañana, hacía frío, y la mujer ansiaba el momento de dar por terminada la conversación, subirse al picop y pasar a comprar un vaso de humeante café en la salida de la Colonia. El vecino, indiferente, en calzoncillos, apenas envuelto en una bata vieja, allí, en plena calle y con ese frío, seguía hablando: le ofreció enderezarle el abollón que tenía a un lado de la bombilla rota y cambiarle la pieza plástica protectora.

Yo mismo se la voy a buscar a la huesera, dijo.

Ella respondió que no, que muchas gracias, y añadió que no podía dejar de trabajar un día, o los días que hiciera falta, para reparar su carro, el cual, por lo demás, se encontraba en perfectas condiciones. El vecino, que la quiere cerca, que la quiere suya, insistió, argumentando el peligro que supone manejar con una sola luz. Ella replicó que eso no le representaba ningún problema porque, puntualmente, estaba siempre de vuelta en su casa a las cinco de la tarde, hora en que una amiga suya, vecina también y de oficio mesera, salía de la Colonia hacia su trabajo.

¿Y eso qué tiene que ver?, el vecino subió el tono de voz.

La mujer respondió que era ella, su amiga, la Mesera, quién le cuidaba a su hijo durante todo el día, hasta las cinco de la tarde.

Nunca salgo de noche, recalcó, y sus palabras fueron un muro, o una zanja.

Hubo un silencio más o menos largo. La tercera es la vencida, habrá pensado el vecino.

Si no cambia esa bombilla la van a multar los de la policía municipal de tránsito, lo dijo así, con todas

sus letras. ¿Sabe de a cómo están poniendo las multas ahora?

No sé, contestó la mujer y de nuevo el muro, la zanja. Y si me multan es mi problema.

La frase, dicha así, como cachetada, como rodillazo, debió de haber bastado para enviar al vecino y sus necesidades de vuelta a su casa. Pero este insistió, adoptando de pronto, con la mano izquierda en el pecho, un tono de víctima:

Mire, yo de veras lo único que quiero es ayudarla, me preocupo por usted.

Pues no se preocupe, respondió la mujer, ¿no tiene cosas más importantes que hacer?

A continuación, se subió al picop y encendió el motor. El vecino se quedó viendo el carro partir, y cuando este hubo desaparecido, entró de vuelta a su casa para seguir durmiendo. De hecho, no tiene cosas más importantes de qué ocuparse, salvo saltar de la cama cuando escucha a su vecina salir y fingirse madrugador para poder saludarla.

Mientras conducía rumbo al Depósito de Huevos, donde unos empleados le cargan la palangana del picop con cartones de huevos para que ella los venda en casas particulares, abarroterías, tiendas de esquina, cafeterías y cantinas, se puso a pensar en su vecino. Le resultaba evidente que lo que el hombre quería, lo que ha querido siempre, desde que la conoció y se le quedó mirando como idiota las chiches, es acostarse con ella. Como mira que soy sola, se quiere aprovechar. Además, a ella el vecino no le gusta nada: esas piernas blancas, escurridas, en calzoncillos y sin pelos; esa barriguita aguada; esos párpados agachados que esconden unos ojos incapaces de ver los suyos; esa voz arrastrada, de seductor, aprendida en las telenovelas

que mira por las noches. Con su primera pareja ya tuvo suficiente. Un día, después de tantísimos años de soportarle borracheras y malos modos, se despertó y, milagrosamente, el hombre no estaba allí, junto a ella, roncando con la boca abierta, como cada mañana. Lo esperó por meses y al cabo de un año comprendió que no volvería. Todavía le preocupa que un día pueda aparecerse y tiembla al imaginarlo: el olor a trago embarrado en la boca, exigiéndole que le sirva de comer, queriendo cogérsela por detrás. Por eso no tiene reparos en admitir su deseo de que lo hayan matado, que se haya metido en un lío y lo hayan matado: a hijos de puta menos malditos que él, con el hocico menos hediondo, los matan todos los días. Sobradas razones, todas estas, para no querer entablar ningún tipo de relación con el solícito vecino (ni con cualquier otro) y menos aceptarle favores que luego él va a querer cobrarle.

Como lo hace cada dos días, el guardián del Depósito, sin hacerle preguntas, abrió el enorme portón y la dejó entrar. Todos la conocen y ella se siente apreciada. Todos la saludan, con afecto. No había terminado de bajar del picop, cuando ya dos muchachos flacos y nerviosos, que cuando ella llegó jugaban entre sí dándose cachetadas, comenzaron a levantar la lona verde olivo que cubre la palangana para después proceder a acomodar los cartones de huevos. El negocio es bueno, no sólo porque cada día tiene más clientes y su reputación, le gusta imaginar a ella, corre de boca en boca, sino porque ha conseguido negociar buenos precios en el Depósito y el margen de ganancia es generoso. Mientras los hombres y las mujeres y los mallugados hijos que tengan juntos sigan desayunando y cenando huevos, mientras en las

cafeterías sigan vendiendo panes con huevo para la refacción de la mañana y para la refacción de la tarde, mientras en las cantinas sigan dando bocas de huevo para acompañar octavos de guaro, el negocio será bueno.

Nunca, eso sí, gasta más de lo debido. Su hijo es el destino de todos sus esfuerzos y está ahorrando para que el niño pueda estudiar, y estudiar en un colegio privado, se dice a sí misma, barato pero privado, y no en una escuela pública en donde lo único que los niños aprenden es a quemar piedra y a matar. Para ella, apenas un desodorante y una colonia que compra en el súper. Pero ese es un gasto necesario, forma parte del negocio, los clientes tienen que verla limpia y oliendo bien. Del mismo modo y por razones idénticas, una vez cada dos o tres meses, estrena un vestidito, pero lo compra en la calle, donde cuestan una tercera parte de lo que tendría que pagar si los comprara en almacén. Últimamente, y ella misma reconoce que esto sí es un lujo, le han entrado ganas de comprarse un radio para el carro. En el mercado, a la vuelta de la Colonia, los venden baratos porque son robados. A pesar de que a ella la han asaltado, ya no recuerda cuántas veces, no se siente culpable por comprar cosas robadas. Si no fuera por esos ladrones que le han quitado aretes, un reloj, varios celulares de los que utiliza, entre otras cosas, para concertar citas con nuevos clientes, para cobrar y recibir pedidos, no tendría nunca posibilidades de comprarse un radio. Los que venden nuevos y con garantía en los locales comerciales cuestan una fortuna que jamás podría pagar. Como sea, lo del radio es ciertamente un lujo, aunque lo comprara robado. Pero ocurre que cada vez tiene que recorrer mayores distancias y el humo